

... en sí mismo las cabezas de los demás; responde por todos los que en sus transacciones ofrecen billetes y paga por todos. Una vez convencido el público de la solidez, de la prudencia y de la honradez del *banco*, es lo mismo que si lo estuviera de la solidez, de la prudencia y de la honradez de cuantos le ofrezcan sus billetes. El capital, en la escala del crédito abierto por el *banco*, se mueve fácil y rápidamente en todas direcciones.

Los efectos de comercio reúnen, por su forma y por su contenido, dos circunstancias esenciales que les impedirán siempre alcanzar un uso general y regular como instrumentos de circulación: la primera consiste en la determinación de un vencimiento fijo, que hace que su tenedor, si tiene necesidad de cobrar antes del término señalado, se vea obligado á negociarlos, lo cual consigue muchas veces con dificultad y siempre imponiéndose algún quebranto. Estriba la segunda en la necesidad de endosarlos á cada traspaso, lo cual hace que además del engorro material que ofrece el que tengan numerosos endosos, cada endosante ha de cargar con una responsabilidad, lo cual no deja de ser grave, sobre todo si no conoce á los endosantes que le preceden. A este propósito dice muy bien Mr. Dufaure: «Todo compromiso escrito de pagar una cantidad, puede llegar á ser un signo de numerario. Este signo adquiere algunas de las ventajas de la moneda circulante, cuando, como el pagaré y la letra de cambio, es transferido por el medio fácil y rápido del endoso; pero ¡qué dificultades para obtenerlo! Para su tenedor no representa á cada momento la cantidad por la cual ha sido firmado; quizás no sea pagado sinó á un plazo muy lejano. Para realizarlo inmediatamente fuera preciso cederlo. ¿Se encontrará persona que tenga en él tanta confianza para aceptarlo? No podrá transferirse sinó mediante que el tenedor responda con su firma. Es una operación eventual que contrata, y bajo cuyo peso hasta el día de su vencimiento no podrá considerarse libre de evicción y se verá molestado en su crédito. Luego, no siempre está uno dispuesto á dar á entender la índole de sus negocios por medio de las firmas que pone en circulación.»

«Estos inconvenientes debían conducir á encontrar un signo de numerario más activo aún y más cómodo, que no sólo participase, como el pagaré y la letra de cambio, de las cualidades del numerario metálico, pues su oficio es representarlo, sinó que permitiese procurarse este en cualquier momento y que, como la moneda, pasara de mano en mano sin tener necesidad de ser garantido y sin dejar rastro alguno de su paso.»

Los caracteres del documento de giro que hacen su uso difícil y costoso, cuales son el vencimiento fijo y la responsabilidad personal, desaparecen por completo en el billete de banco. Jamás alcanza aquel un valor *notorio* y *auténtico*, sean cuales fueren las firmas de que aparezca recargado y las responsabilidades que ponga en juego; al paso que éste adquiere desde luego dicho valor con sólo la firma del *banco*, que hace inútil cualquiera otra garantía. El documento de giro no tiene un valor *constante*; sólo vale el suyo el día de su vencimiento, y de que sea este más ó menos próximo depende el que se le atribuye. El billete de *banco*, como es pagadero á la vista y al portador, representa un documento de crédito *siempre vencido*. Su naturaleza impersonal lo hace manejable como el numerario: es admitido sin examen y sin cuidado por la sol-

vabilidad del que lo trasmite ó da en pago; circula sin llevar consigo el engorro que resulta de los endosos, protestos etc.; en una palabra, adquiere por completo las atribuciones de la moneda metálica. Hasta es más cómodo que la moneda por ser más fácil de trasportar, más manejable y poderse contar con mayor rapidez. Al paso también que el documento de giro circula en un reducido círculo de industriales y comerciantes durante un tiempo limitado por el plazo de su vencimiento, el billete de banco es aceptado por todos y puede circular indefinidamente: muchas veces sólo vuelve á entrar en el banco cuando apenas es ya servible por lo estropeado y ajado del papel en que está impreso.

De la forma y del contenido del billete de banco se desprenden consecuencias importantes. Hemos dicho que representa un efecto de comercio *constantemente vencido*; á este vencimiento potestativo y constante debe el llenar el oficio de la moneda y de circular como ella. Pero por razón de esa facilidad de circulación, este billete *constantemente vencido* no tiene necesidad de ser cobrado, y raras veces lo es, representando para el banco un pagaré de vencimiento *indefinidamente aplazado*. No hay duda que en todas ocasiones el tenedor de un billete de banco tiene el derecho de que este se le convierta en moneda; pero raras veces tiene la ocurrencia de ejercitarlo, porque en su billete no sólo encuentra las mismas ventajas que en la moneda, sinó otras de que esta carece, según hemos probado antes. Hay aquí, como hace notar un distinguido economista, una curiosa antinomia entre el derecho y el uso del derecho, antinomia que en la práctica y relativamente al banco, convierte el derecho en una especie de ficción y el uso del derecho en un riesgo á calcular; antinomia que permite al banco elevar los descuentos y las emisiones de billetes que reemplazan los efectos descontados á una cantidad muy superior á la de los fondos que posee en sus arcas.

Veamos ahora de qué manera sencilla y clara describe economista tan competente como M. L. Wolwski, el papel que el billete de banco desempeña en la circulación; á cuyo efecto traduciremos algunos párrafos del notable discurso que pronunció en París en una conferencia dada sobre bancos en el Conservatorio de Artes y Oficios (1):

«La cuestión de los bancos, relacionada con la del crédito, es, sin duda, una de las más delicadas é importantes que se pueden tratar en la esfera de la economía política y de la legislación industrial. Ya sabéis cuantas esperanzas despierta la palabra *crédito*; ya sabéis que, en opinión de muchos, está llamada á desempeñar el papel de una varita mágica que de la noche á la mañana ha de transformar la situación de un gran número de individuos de la sociedad. Soy de los que opinan que, efectivamente, el crédito es una de las más poderosas palancas en que apoyarse puede la mejora racional y eficaz de la suerte de las clases laboriosas. Mas por lo mismo que creo comprender todo el partido que de él puede sacarse, he de esforzarme en disipar las nubes que intenten ocultar la verdad. En materias de crédito hay una realidad verdadera, fecunda, y al propio tiempo una ilusión que ejerce el efecto de esos fenómenos

(1) Discurso publicado por *L'Economiste Français* del 3 de marzo de 1864.

»de espejismo que seducen á los viajeros haciéndoles percibir maravillosos y fantásticos palacios, cuando se extravían en el inmenso desierto de los arenales.

»¿En qué consiste ese espejismo?

»En la ilusión que hace suponer que todo en el mundo puede trasformarse de repente, como al silbido del maquinista todo cambia en el teatro de la Ópera. El espejismo hace confundir la riqueza verdadera con el signo de la misma; hace suponer que los metales preciosos, el oro y la plata, constituyen los elementos esenciales de la producción. No somos de los que creen que estos metales están de más en el mundo, no; están llamados á desempeñar en él un papel utilísimo, pero secundario; el espejismo hace suponer que si con ayuda de ciertos resortes más ó menos ingeniosos conseguimos que el billete desempeñe el papel del oro y de la plata, podemos extender la riqueza á nuestra voluntad y abrir el manantial abundante á todos los que quieran beber en él. El silogismo es natural, pero singularmente no inspira confianza. Los que han dicho: *el metal es la riqueza*, hanse visto obligados á decir también: *lo que reemplaza al metal es la riqueza*. Como quiera que imprimiendo algunas resmas de papel se crean billetes de banco, nada es más fácil que crear la riqueza en la medida que convenga, y fuera menester tener duro el corazón y permanecer sordo al grito del sufrimiento para negarse á convertir en ricos á todos los hombres. Esta ilusión es la que combato yo, porque nos extravía y de ningún modo puede producir nada eficaz para mejorar la suerte de la mayoría.

»¿Qué es la realidad, qué es lo que puede cambiar la suerte de los hombres? No es seguramente un mecanismo. Desconfiad de quienes os induzcan á suponer que fuera de vosotros, de vuestra energía, de vuestra moralidad hay un inmenso campo que conquistar. No, la Providencia ha querido que el bienestar esté esencial é indeclinablemente ligado á la mejora moral é intelectual del hombre. El verdadero manantial de progreso, la verdadera base en la cual descansa el porvenir de las clases laboriosas, es la energía individual cada vez más desarrollada.

»El crédito del cual incesantemente se habla ¿acaso es otra cosa que la confianza que cada uno inspira á los demás por sus luces y su probidad? ¿acaso es otra cosa que un medio para obtener, por la confianza que se ha merecido, que se le faciliten los instrumentos de trabajo para utilizarlos de una manera más fecunda? ¿Qué es el crédito por lo que se refiere á la cuestión de los bancos? Es simplemente el medio por el cual los recursos ya creados, los productos del trabajo anterior conservados por la economía, por el ahorro y la previsión, puedan ponerse de la manera más útil y con el menor gravamen posible, á la disposición de los que mejor sepan aprovecharlos, con su labor y su habilidad. El crédito no crea fantásticas riquezas. Acordáos siempre de las palabras de uno de los hombres que más han amado á los obreros y de cuyas filas salió para conquistar la gloria más elevada y pura, acordáos de estas palabras de Benjamín Francklin. «*A quien os asegure que podéis alcanzar un progreso cualquiera no empleando el trabajo y la economía, no le creáis; porque es un envenenador.*» Sólo podéis alcanzar algo fecundo con el trabajo intelectual, con el trabajo material, con la economía que sacrifica los goces del presente á la seguridad del porvenir ó al bienestar de quienes améis. Desconfiad de los medios más ó menos

»ingeniosos, con cuya ayuda alimentáis esperanzas vanas. Examinados de cerca, son parecidos á los conjuros de los magos de la edad media, cuyo efecto desaparece en cuanto cesa el encanto. En punto á bancos, también hay magos por un lado, y algo real y fecundo por otro; y es menester saber discernir lo verdadero de lo falso.

»¿Qué es lo verdadero? ¿Será que para nada sirve el billete de banco y que todo ello es una pura ilusión? No ciertamente; por regla general no hallaréis la verdad en los extremos. El billete de banco es útil; sirve más por lo que permite evitar que por lo que produce; mas no puede considerársele como un canal por donde deba pasar y extenderse la riqueza, porque no tiene esta virtud y de ninguna manera podría reemplazar al metal precioso. Puede sí, en cierta escala, mucho más limitada de lo que presumimos, suplir al oro y á la plata en el oficio que en la circulación desempeñan, es decir, en el transporte de los productos de mano á mano ó en el cambio fácil de todos los productos. Pero los metales preciosos no son la riqueza, sinó que constituyen una pequeña parte de la misma.

»De qué manera desempeñan los metales preciosos un papel ú oficio útil? De dos maneras: ya considerados como la medida menos imperfecta, menos instable, menos variable del valor de las cosas al par que vehículo de la acumulación de los productos; ya por lo que facilitan todas las transacciones, haciéndolas operar rápidamente y con seguridad, como artificio maravilloso de la cooperación de todos á una obra común, y de la distribución de los beneficios de la obra entre los que á ella han contribuido, como medio instantáneo de remuneración de todo servicio prestado. El oro y la plata pueden suplirse por el billete de banco mediante una sola condición; la de que no cesen de ser el terreno firme en el cual continúen llevándose á cabo las transacciones con la mayor seguridad.

»No es que el billete de banco preste un gran servicio porque economice parte del metal empleado en la circulación, sinó porque facilita el ahorro en el signo de la misma, bien sea este en metal ó en papel. Me explicaré. Cuando el billete motiva más elevadas combinaciones de crédito; cuando se aplica á la apertura de cuentas corrientes, á traspasos en los libros de los bancos, á compensaciones; cuando motiva la creación de talones, que son órdenes de pago dadas á los bancos en los cuales antes se han hecho depósitos de efectivo, entonces presta mayores servicios por su difusión material, no entregando el oro y la plata. Todos conocéis los caminos de hierro, maravilloso invento que hace un cuarto de siglo era objeto de duda por parte de algunos talentos poderosos, y hoy es del dominio de todos. Nadie ignora que la misma fuerza empleada en la tracción puede servir para arrastrar convoyes más pesados, cuando estos se colocan sobre dos barras de hierro paralelas y fijas en el suelo, en vez de rodar sobre el suelo mismo. Lo que sucede con los wagones, sucede igualmente con los billetes; son estos para la circulación de la riqueza lo que los wagones para el transporte. No cabe duda que si la circulación llega á ser más fácil, más rápida, el mismo número de wagones puede hacer más abundante el trabajo, servir por medio del *va y viene* que se verifica con rapidez considerable, al transporte de mayor cantidad de mercancías; pero si los caminos de hierro poseen ya los wagones necesarios para el transporte de todos los productos que se les confíen ¿creéis que ganarán algo con la construcción

»de nuevos wagones? Por más que estos se aumenten, si es la misma la cantidad de
»productos que hay que trasportar, si la rapidez de la circulación ha desempeñado su
»papel, los wagones sobrantes permanecerán inactivos. Pues sucede lo propio con lo que
»se refiere á la circulación: los billetes sobrantes que se quisiera emitir, cuando esta
»máquina de la circulación ha llegado á su punto, no formarán nueva riqueza, sino
»que permanecerán estacionados, inactivos.

»Heme equivocado: aquí el efecto podía ser más funesto que el del aumento de wa-
»gonos. Los wagones quietos ó estacionados, aunque suponen la pérdida del interés
»correspondiente al capital en ellos invertido, podrían más tarde utilizarse; pero en
»cuanto á la circulación fiduciaria, no sólo para nada sirve el sobrante, sino que es
»perjudicial. Los billetes circulados superabundantemente ocasionan la exportación
»de una cantidad igual de numerario. En tiempo de calma, apenas si esto se nota; mas
»en cuanto se dibuja un punto negro en el horizonte, la confianza vacila, quiere am-
»pararse en la realidad, todos piden oro en vez de billetes y entonces se paga cara la
»economía que se ha pretendido hacer en la máquina de la circulación. Si el oro no es
»objeto de exportación porque se ha exportado ya hasta no poder más ¿qué ha de re-
»sultar de la exuberancia de billetes? Un estorbo en la circulación, el cambio en el
»precio de todas las cosas, una carestía ficticia que principiará por pesar sobre las
»clases que nada tienen que ver en ello, sobre las clases obreras, que suelen siempre
»ser las primeras víctimas de lo que haya de ficticio en las instituciones relativas á la
»circulación. Los salarios no variarán tan pronto como el precio de las cosas; habrá
»carestía ficticia de los productos y permanecerán aquellos á la misma altura. Los que
»trabajan y que tienen menos que perder pagarán los gastos de esta mala campaña fi-
»nanciera.

»Háse dicho: la facilidad en la creación de billetes es en gran manera cómoda para
»el trabajo, como que produce la rebaja del descuento y la disminución de la tasa del
»interés. Creo haberos demostrado también que es preciso no dejarse seducir, en
»cuanto atañe á la tasa del interés y á todo lo que entorpece el vasto dominio rentis-
»tico, por deducciones precipitadas y que puedan encubrir error. Es sin duda exce-
»lente cosa la baja en la tasa del interés; uno de nuestros economistas más eminentes,
»mejor aún, uno de los hombres más buenos, Turgot, por medio de una brillante imagen
»ha expuesto cuales debían ser las consecuencias de dicha baja. Demostró que la tasa
»del interés obra con respecto á la producción, de la misma manera que las olas del
»mar respecto á los continentes. A medida que las olas bajan dejando en descubierto
»nuevas playas, permiten que la industria humana se apodere de ellas y haga nacer
»abundantes mieses allí en donde el mar paseaba sus ondas sin provecho para nadie.

»Esto es cierto; pero veamos cómo, pues todas las cuestiones son complejas, lo cual
»ocasiona divergencias en el modo de pensar: el error suele provenir de que se per-
»sigue, en cuanto la vista la alcanza, una verdad positiva, sin tener en cuenta otras que
»igualmente lo son. El punto de intersección de estas verdades es lo que nos conduce
»á la verdad entera: grande es el número de verdades y la verdad una sola.—Sí; la re-
»baja del interés es deseable mientras permanezcan iguales todas las cosas. ¿Qué sig-
»nifica el interés? El sacrificio consentido por el trabajo presente en beneficio del tra-

»bajo pasado, y este sacrificio se presenta bajo dos formas distintas: la absoluta y la
»relativa. Si todas las cosas permanecen iguales, es evidente que á medida que el sa-
»crificio absoluto disminuye, más ventaja obtiene el trabajo del día; pero si es más fe-
»cunda la producción, si, merced á los instrumentos empleados, deben dar mieses
»más abundantes los distintos elementos de riqueza de que se dispone, la parte aban-
»donada por el trabajo y que se refiere al sacrificio absoluto, que puede ser más con-
»siderable, será menor bajo el punto de vista relativo, atendida la totalidad de la pro-
»ducción. Esto explica el fenómeno que he procurado desarrollar ante vosotros, porque
»de él se desprende una doble enseñanza. Os he demostrado que en América la mul-
»tiplicidad de bancos había producido enormes tasas de descuento. He presentado á
»vuestra vista el cuadro completo de las tasas del descuento durante 30 años en Fran-
»cia, Inglaterra y New-York; habéis visto que la tasa en los Estados Unidos jamás ha
»descendido al nivel de la del Banco de Francia, y que se ha elevado al doble, al tri-
»ple, al cuádruplo y hasta al quintuplo de esta tasa. Bastará recordar la monstruosa
»cifra de 36 por 100 que en diversos intervalos ha reaparecido allí, para convencer á
»los que todavía conservan algunas ilusiones sobre las pretendidas ventajas que pro-
»duce la multiplicidad de los bancos de emisión.

»No soy de los que sin examen se amparan, cual si fuera un tesoro, de cualquier he-
»cho que venga á confirmar sus principios. Sostengo la unidad de los bancos de emi-
»sión, y creo que la conquista de 1848 bajo este punto de vista ha alcanzado el último
»límite del progreso en materia de circulación fiduciaria. Pero sea cual fuere mi con-
»vicción y mi deseo de trasmitíroslo, por decisivo que parezca el argumento fundado
»en la elevación de la tasa del interés en los Estados Unidos, soy el primero en decir
»que es preciso tener en cuenta varios elementos que conspiraron á dicho resultado.
»La concurrencia de los billetes de banco entró por mucho en esta elevación del inte-
»rés, pero no fué la única causa. Lo que también contribuyó fué la fecundidad del
»trabajo en los Estados Unidos; la riqueza de los productos permitió ceder
»de ella una parte mayor, cuando el exceso de la tasa del interés respondía á un bene-
»ficio mucho más importante que el obtenido en parte alguna.

»Dirijamos una mirada al norte de Europa. Allí generalmente es bajo el interés.
»¿Por qué? Porque la producción en sus comarcas no es fecunda, y por ser poco nu-
»merosos los medios de emplear el capital. Por contentos se darían en dichos países
»con pagar una tasa tan elevada como los Estados Unidos, si tuviesen la misma ri-
»queza de producción.

»Volvamos ahora á la distinción que traté de establecer entre la ilusión y la reali-
»dad. ¿Qué es la realidad? ¿De qué manera pueden útilmente servirla los hombres en
»cuyo corazón se alberga el amor sincero por el progreso? Centralizando los recursos,
»llamando á los pequeños capitales diseminados, de modo que se pueda formar con
»ellos un magnífico río; atrayéndolos por el módico interés que les ofrezcan, y ver-
»tiéndolos otra vez bajo la forma de instrumentos de trabajo puestos á la disposición
»del obrero, para que este los utilice. Aquí se abre un horizonte inmenso. Esta senda
»es la que han seguido ya los bancos de Alemania, cuyos nombres conocéis, pero ig-
»noráis quizás su mecanismo. Atrayendo las reservas de los que trabajan, recibiendo

»sus ahorros, aquellos bancos han podido abrir créditos á los hombres de inteligencia y experimentados. Los bancos populares de Alemania han obtenido el resultado maravilloso de facilitar á los que trabajan el medio de que puedan elevarse más y más por sus esfuerzos; dándoles más de lo que pueden prometerles los hombres celosamente dedicados á las clases obreras, y hasta los gobiernos que por su suerte se interesen.

»En los bancos populares se procura mucho no tener que recurrir á los billetes pagaderos á la vista y al portador; hay en ellos un capital ilimitado, que se forma cada día gota á gota, y que constituye una masa enorme: es el capital de la previsión, del sacrificio diario, que enlaza el presente con el porvenir y asegura lo tendrán mejor los que hacen lo necesario para obtenerlo. Gracias á los bancos populares, quien trabaja reúne recursos y los vierte en las arcas de estos bancos, que los hacen más fructíferos, más fecundos que la bella institución de las Cajas de ahorro. Esta ha prestado servicios de valía, pero debe desarrollarse de un modo más expansivo y provechoso. El que con sus imposiciones alimenta la caja de los bancos populares, adquiere un derecho al crédito concedido por las mismas.—La base del capital es en ellos inagotable, porque está en los mismos obreros. El hombre forma el capital como forma la tierra. La voluntad humana ilustrada y reforzada, extiende su acción fuera de sí misma. Imponiéndose un sacrificio diario para la constitución de un capital que sin cesar aumenta y se renueva, las clases obreras del otro lado del Rhin han sabido conquistar el crédito.»

Examinada ya la naturaleza del billete de banco (1) y visto el importantísimo papel que en la circulación de la riqueza desempeña, remontémonos ahora á su origen histórico, así como lo hicimos con la letra de cambio.

Es opinión generalmente admitida la de Klaproth (2), al atribuir á los chinos la invención del *billete de banco*. En los comienzos del reinado de Hian-Tsung, de la dinastía de Thang, en el año 807 de nuestra era, con motivo de una gran carestía, mandó el emperador á todos los mercaderes, negociantes y personas ricas que entregasen todo su dinero al Tesoro; en cambio del cual se les dieron unos *billetes* llamados *feythshian* ó *moneda volante*. Tres años más tarde suprimiose esta moneda en la capital, autorizándose empero su circulación en provincias. En 960, Thai-Tsa, fundador de la dinastía de Soung, declaró otra vez vigente aquella práctica, pero sin darle el carácter obligatorio que tuvo en el siglo anterior. Facultose á los negociantes para que pudiesen depositar sus especies metálicas en el Tesoro, el cual, en cambio, les entregaba billetes llamados *pianthshian*, ó *moneda corriente*. Viéronse después ser tales las ventajas de esta moneda, que cundió rápidamente la costumbre de usarla. En 1021 el papel moneda representaba un valor de cerca de tres millones de onzas de plata. En este mismo año una Compañía compuesta de diez y seis ricos capitalistas obtuvo permiso

(1) Huskesson, en 1810, al hablar del billete de banco y compararlo con la moneda, después de poner de relieve la falta de valor intrínseco de aquel, lo define diciendo que es *el crédito puesto en circulación*.

(2) *Journal asiatique* de 1822.—T. 1^{er}, p. 226.

para emitir *billetes de banco* pagaderos al cabo de tres años, cumplido cuyo término la Compañía quebró. Diose en seguida un decreto aboliendo la circulación fiduciaria de dicho papel, y prohibiendo al mismo tiempo la formación de bancos por acciones. Desde entonces quedó vinculada en el Gobierno la facultad de emitir *billetes*. Estos, llamados *kiao-tsa*, valían una onza de plata, y la cantidad de los puestos en circulación elevose en 1032 á cerca de 1.257,000 onzas de plata. Más tarde fundáronse en provincias bancos á quienes se les concedió el derecho de emitir billetes de dicha clase, y del mismo modo que se practicó en época mucho más posterior con los bancos departamentales franceses, prohibiose á dichos bancos el relacionarse entre sí y dar y tomar otros billetes que no fueran los suyos respectivos. Tal es, según Klaproth, el origen de los primeros *billetes de banco*, es decir, de los emitidos en cambio de plata amonedada y convertibles en numerario, cuyo papel tenía la garantía del depósito hecho anticipadamente en esta especie. Fuera de estos *billetes de banco*, los chinos han empleado también en muy vasta escala el papel moneda.

Considerada la moneda como una mercancía cualquiera, siguiendo los sanos principios económicos, busca su nivel como las aguas, acude donde tiene más precio y baja éste si por acaso se detiene sin necesidad en un punto, ó lo que es lo mismo, suben nominalmente las demás mercaderías, lo cual denota que busca empleo y circulación mayor una parte del numerario. Suponiendo que en una época y país determinados sea de cien millones la cantidad en moneda metálica que requiere la circulación y salen á ella billetes por valor de otros ciento, creados por uno ó varios bancos, y se toman de aquellos ciento, cincuenta para la reserva, quedarán para la circulación otros cincuenta y todos los ciento en billetes. Suponiendo también que la circulación no necesite ciento cincuenta millones, habrá inmediatamente una baja en el precio del numerario y deberá salir del país el que sobre, para volver á recobrar su estimación en otro en que haga más falta. Y como no podrán salir los billetes, porque estos sólo circulan con crédito cerca del lugar donde se emitieron, saldrán el oro y la plata, quedando para la circulación el papel. Si salen será á cambio de otros valores que no tenía la nación, y que adquirirá en el extranjero, lo cual es un aumento de riqueza, y sería mucho mayor si debido á la abundancia de numerario se aumentara la producción y con ella la circulación, de suerte que llegaran á ser necesarios para ella los ciento cincuenta millones dichos. A este propósito y corroborando lo expuesto, dice Storch: «Si los billetes de confianza no pueden prestarse á largo plazo por los bancos que los emiten, el numerario metálico que estos billetes hacen superfluo en la circulación interior, es un fondo susceptible de todos los usos, aun de los que le absorben por largo tiempo. Todo empresario está obligado á guardar constantemente en caja una cantidad de dinero, destinado para los pagos corrientes y para los gastos imprevistos: si sólo hay en los países especies metálicas, es un fondo muerto que, mientras que está en el arca nada produce, ni para el negociante, ni para su país. Las operaciones de un banco bien organizado ponen en disposición al empresario de reemplazar este fondo muerto con billetes. Con este cambio, el comerciante, el banco y el país ganan igualmente: el comerciante, porque puede extender sus negociaciones con auxilio del capital que ha tomado prestado del banco; éste, sacando interés de un ca-